

en la milicia *tanteadores*, cuya misión era probar á los novatos; si todavía existen, al llegar á su regimiento Félix pasará por sus manos, y...

—Entonces—interrumpió Servian,—tanto peor para los *tanteadores*, porque no los tratará con más miramientos que á esas figurillas.

—Y la verdad es que tira bien—dijo el coronel mirando á Félix, quien durante este lapso de tiempo había destrozado otros dos ó tres muñequitos de yeso.

Tonayrion había escuchado este diálogo sin tomar parte en él, ocultando bajo aparente indiferencia la impresión que debía producirle. No mostró empeño alguno en disputar el premio de tiro al blanco á su adversario y éste no tardó en dar fin á su ejercicio, al cual la ausencia de competidores privaba de su atractivo principal.

—Estoy satisfecho de ti—dijo Servian á su sobrino, llamándole aparte cuando regresaban á la casa;—no te calumnies más. No sólo tienes valor, sino, lo que es menos frecuente, sangre fría.

—¿De veras, tío? ¿No se burla usted de mí?—contestó Félix, sin tratar de disimular el placer que le causaba semejante apreciación.

—Te observaba cuando él disparó; tu continente ha sido perfecto.

—Y sin embargo, cuando he visto la figurilla hecha pedazos, el maldito escalofrío de ayer ha estado á punto de atacarme.

—¡Qué importa! El verdadero valor, el valor inteligente, no consiste en no experimentar emoción, sino en triunfar de ella, y eso es lo que tú has hecho.

—¿No ha observado usted que el señor Tonayrion está pensativo? ¿Será que mi modo de tirar al blanco le habrá sugerido alguna reflexión?

—Puede ser—respondió Servian;—eso es lo que sabremos muy pronto.

## VI

### El león amordazado.

El guapo Raul habitualmente se reservaba en la conversación parte principalísima. Durante el resto del día permaneció, contra su costumbre, silencioso, meditabundo y distraído; apenas contestaba con monosílabos á las palabras que se le dirigían. Con el entrecejo fruncido, hosca la



mirada y la frente nubosa, parecía fraguar en su espíritu algún terrible proyecto y sólo su modo de atusarse los bigotes entornando los párpados bastaba para infundir temor á las personas pacíficas. Comparándola con aquel rostro bravío, la faz de un león hubiera parecido atractiva y bondadosa.

Según es costumbre de gran número de mujeres encantadoras, la señora de Caussade no toleraba en los demás la desigualdad de humor que ella se permitía sin escrúpulos. La conducta de Tonayrion le pareció caprichosa y, en tal concepto, la desagradó como una invasión de sus privilegios personales.

—Ha observado seguramente que estoy contrariada—pensó ella;—pero eso debería ser motivo para que se esforzara en serme agradable y no para estar enfurruñado en un rincón. Jamás he deseado tanto como ahora que parezca amable, jovial é ingenioso, y parece como que se propone aparentar todo lo contrario. ¡Estos hombres no sienten nada! ¿Se concibe que no haya adivinado aún que Servian ha estado enamorado de mí y que quizás lo esté todavía? Sin embargo, fácil es de comprender que mi malignidad recono-

ce una causa, toda vez que habitualmente soy muy bondadosa. Por otra parte, ¿honraría yo con mis bromas á quien me fuera indiferente?

Impacientada al fin, al ver que Raul persistía en sus cavilaciones, resolvió arrancarle á ellas á pesar suyo.

El coronel jugaba al ajedrez con Servian; Félix acababa de salir del salón y la joven viuda no podía hallar momento más favorable para expresar á su pretendiente lo que pensaba acerca de su actitud huraña y desapacible.

—¿Se digna usted—le dijo—enterarme del tema de sus meditaciones? Muy interesantes deben de ser, toda vez que tan por completo hacen olvidar á usted que tiene una reputación de hombre amable que defender.

Tonayrion esperaba esta pregunta y aun conviene advertir que su conducta no tenía otro objeto que provocarla. En lugar de responder categóricamente, fingió un encogimiento susceptible de redoblar la curiosidad de Estela.

—No pienso en nada que sea digno de excitar su atención—dijo, con expresión embarazada.

—No eluda usted mi pregunta—replicó la señora Caussade;—algo le preocupa. Tengo la pre-



tensión de creer que no soy del todo ajena á ello y deseo saber de qué se trata.

—Usted no puede ser ajena á ninguno de mis pensamientos—replicó galantemente el guapo Raul.

—No es cumplidos lo que pido á usted, sino una contestación.

—Al obedecer á usted, temo desagradarla.

—De ello puede usted estar seguro si no me obedece.

—Apostaría á que me va usted á regañar, pero conste que de antemano conozco mis faltas.

—¿Qué faltas son esas?

—Es una historia tan tonta, tan ridícula, tan absurda, que me avergüenzo realmente al verme obligado á referirla. Por mucho que usted discutiéramos, no adivinaría de lo que se trata.

—Parece que se ha propuesto usted agotar mi paciencia. ¿De qué se trata? ¿Hablará usted? Se trata...

—De la cosa más admirable, más sorprendente, más maravillosa—respondió Tonayrion en tono enfático;—en una palabra, se trata de un duelo entre un servidor y... adivine usted quién.

—El señor Servian—dijo aturdidamente Estela.

—El señor Félix Cambier—repuso el guapo Raul, con solemne acento que aspiraba á ser cómico.

—¿De modo que usted quiere batirse con Félix?—dijo la joven después de un instante de silencio.

—Es él, por el contrario, quien quiere batirse conmigo—repuso Tonayrion, riendo afectadamente.

—¿Han reñido ustedes?

—¡Ay!, sí, señora; y aquí es donde debo dar-me golpes de pecho entonando el *mea culpa*. Pero, ¿quién iba á imaginarse que fuera el niño tan puntilloso? Oiga usted lo sucedido: ayer, cuando, gracias á una especie de dislocación que sufrí cazando hace unos días, el belicoso adolescente recibió de manos de usted la rosa que yo hubiera querido obtener á costa de mi sangre, sentí, se lo confieso á usted, un acceso de contrariedad, para el cual me atrevo á solicitar su indulgencia. Horas después y habiéndome encontrado en el parque con mi joven y gallardo vencedor, que se paseaba triunfalmente con la rosa



en el ojal, yo no sé de qué alucinación fui víctima: mi imaginación otorgó benévolamente al señor Cambier la docena de años que le faltan para merecer ser tomado en consideración; en lugar de un niño, creí ver un hombre y en el hombre un rival; creo haber explicado suficientemente lo que hice.

—¿Usted le provocó? dijo Estela con ansiedad.

—No recuerdo mis palabras con exactitud; pero, sin duda, se le antojaron al retórico harto poco respetuosas, toda vez que montó en cólera y me propuso muy valientemente que nos cortáramos el pescuezo.

—¿Y usted ha aceptado ese desafío?

—¿Podía acaso hacer otra cosa?

—Puesto que le había usted faltado, así debió reconocerlo en el acto y presentar sus excusas al señor Cambier.

—Sin duda, señora—repuso Tonayrion con expresión de fatuidad,—tiene usted razón, y eso es lo que debí haber hecho; pero, por desgracia, ignero cómo se presentan excusas á nadie.

—Yo se lo enseñaré á usted—repuso la señora Caussade vivamente;—usted comprenderá que no permitiré que esa cuestión extravagante tenga la

más mínima consecuencia. Aunque el señor Cambier hubiera sido el provocador, á usted competiría iniciar las gestiones de conciliación, porque él es un niño y usted un hombre. Pero desde el momento que la sinrazón está de parte de usted, no reconocerlo así sería algo más que obstinación, sería barbarie. ¡Batirse con él! Pero, ¿es que ha pensado usted seriamente en ello? Cuando le haya usted matado ó herido, ¡qué gloriosa victoria habrá usted conseguido! La idea sólo de semejante duelo es tan odiosa, que no puedo recordarla con calma. Prohibo á usted que se bata, ¿oye usted?; si trata de desobedecerme, será á trueque de captarse mi odio y de no volver á verme en la vida.

Semejante amenaza, que hubiera helado el corazón de todo enamorado, en Tonayrion pareció surtir efectos enteramente contrarios.

—Sí, señora, tiene usted razón—dijo expansivamente;—ríñame, maltrátame, castígueme usted, lo merezco. Tengo mala cabeza, lo sé. Soy vivo, irritable, hasta exaltado; en una palabra, tengo mil defectos y, lejos de reprimirlos, la pasión profunda que siento les da nuevo pábulo. Una usted los celos á mis arrebatos y calcule usted la clase de



pólvora que resultará. Pero, si no siempre logro sobreponerme á la violencia de mi carácter, crea usted, por lo menos, que no soy ni testarudo ni sordo cuando se me habla en el lenguaje de la razón. No había aguardado yo á oír la reprimenda de usted para arrepentirme de mi locura de ayer, y toda la mañana de hoy la he pasado repitiéndome lo que acaba usted de decirme. Sí, lo reconozco, un duelo con Félix Cambier es lo más extravagante, ridículo y absurdo que puede imaginarse. Para establecer alguna igualdad, había que escoger las armas que usan en el colegio y el desafío debía ser á cortaplumas. Y si, como usted ha dicho, tuviera yo la desgracia de matarle, ¡qué sentimiento para mí, qué remordimiento! La sangre de ese niño mancharía mi existencia entera. Aseguro á usted, señora, que veo las cosas bajo el mismo aspecto que usted; pero en el punto á que han llegado, ¿puedo retroceder?

—Si tuviera usted por adversario á un hombre de su edad, á un antagonista serio, comprendería ese escrúpulo. Esté usted seguro de que, en ese caso, aunque su conducta no hubiese sido del todo correcta, no sería yo mujer que aconsejara á usted un acto de debilidad. Pero con un

colegial como Félix, ¿qué riesgos puede correr su honor? Ofrecerle sus excusas, ¿no es realmente perdonarle la vida? ¿En qué puede herir el amor propio de usted ese rasgo de generosidad?

—Estoy completamente de acuerdo con todo eso—repitió Tonayrion sonriendo con afabilidad; —habla usted como un ángel y nada tengo que contestar. Pero, ¿cómo quiere usted que vaya y diga al señor Cambier: «Pido á usted que me perdone el modo que tuve de tratarle ayer?» Es evidente que al hablar así soltaría yo la carcajada, no en sus barbas, porque no las tiene, pero sí en sus narices. ¡Qué quiere usted, señora! Me es imposible tomar en serio al señor Cambier; no puedo separar de Félix la idea del tema y de los exámenes. No es posible, pues, pensar en esa retractación que degeneraría indudablemente en una bufonada. Vea usted mi proyecto, que creo más práctico y que va á tranquilizar á usted por completo: el duelo se efectuará, pero sin peligro para mi honorable adversario, porque, después de haber sufrido su disparo, yo tiraré al aire. De ello doy á usted mi palabra de honor.

—¡Exponerse usted á que le maten!—dijo Estela;—¡qué locura!



—¡A mí, matarme!—dijo Tonayrion, con apostura invencible.

—Eso no tiene sentido común; no consentiré que se arriesgue usted al menor peligro por una chiquillada. Puesto que no tiene usted la suficiente humildad para presentar por sí mismo sus excusas al señor Cambier, yo misma le hablaré.

El guapo Raul había logrado su objeto; pero, lejos de darlo á entender, exclamó:

—¡Será usted capáz, señoral Se diría que tuve miedo de mi adversario.

—Sabe usted muy bien que á nadie se le ocurrirá tan ridícula idea.

—Siento contrariar á usted; pero tal gestión se sale tanto de las reglas...

—¿Qué me importan las reglas?

—Aseguro á usted que eso no es posible.

—Posible ó no, será, porque lo quiero.

Tonayrion se inclinó profundamente.

—Esa palabra me cierra la boca—dijo con voz sumisa;—desde el momento que usted ordena, sólo me cumple obedecer. Pero, toda vez que quiere usted experimentar su poderío, ¿por qué no me prescribe usted, en lugar de esa humillación, que desafíe algún peligro, que dé fin á al-

guna empresa, que haga algo, en fin, digno de usted y de mí?

—Ya entiendo—repuso riendo la señora Caussade;—algún gigante que descabezar ó alguna princesa á quien rescatar acreditarían su valentía mejor que un acto puramente pacífico. Resígnese usted y piense que tanto más meritorio es un sacrificio cuanto más contraría nuestras inclinaciones. A otro podría yo pedirle heroísmo, á usted le pido no más que prudencia.

La entonación con que fueron pronunciadas estas últimas palabras envolvía una broma tan halagüeña, que todo hombre objeto de ella hubiera creído bien premiada su obediencia. El guapo Raul se inclinó de nuevo y protestó de su absoluta sumisión.

—Preferiría—dijo—que me enviara usted á buscar y traer de Africa media docena de cabezas de beduínos; pero, puesto que se complace usted en ejercer su imperio á expensas de mi amor propio, haga usted lo que guste, señora; pida la paz en mi nombre al señor Félix Cambier.

Tonayrion pronunció el nombre del alumno de Saint-Cyr con afectación tan despreciativa,



que en los labios de Estela despuntó una sonrisa. Intimamente convencida de que por obedecerla su adorador se imponía violencia extraordinaria, la joven viuda experimentó secreta satisfacción, parecida al vanidoso placer que debió paladear Onfale viendo á Hércules hilar á sus piés.

—¡Qué dominio tengo sobre él!—pensó Estela.—Es el león amordazado.

Después de haber saboreado durante un rato el agradable pensamiento de un despotismo al que todas las mujeres aspiran, si bien todas no lo consiguen, la señora Caussade se ocupó en buscar los medios de ejecutar la misión pacífica de que acababa de encargarse. La idea de recurrir al consejo del coronel no hizo más que esbozarse en su imaginación. Los niños mimados, y aun los que no lo están, aman á sus padres en la mayor parte de los casos; pero les consultan lo menos posible. En aquella ocasión no constituyó Estela excepción de esta regla general. Dirigirse directamente á Félix le parecía recurso no exento de inconvenientes; no porque dudara del éxito de la gestión, sino por temor á dar alas á la vanidad del adolescente si entraba en discusión con él sobre asunto de tal naturaleza.

—Seguramente se creería un hombre—pensó,—y sería prestarle un flaco servicio alentarle en esa creencia.

Quedaba Servian, cuya intervención en un asunto que concernía al joven Cambier estaba de antemano justificada y en cierto modo impuesta por su doble título de tío y de tutor. Terminadas sus reflexiones, vió claro la señora Caussade que con él y con él sólo debía entablar sus negociaciones. A juzgar por la antipatía de que ella había dado durante dos días tan acerbos testimonios, era natural suponer que la perspectiva de semejante conversación no habría de parecerle muy agradable.

Sin embargo, no fué así. Lejos de ello, Estela experimentó una especie de impaciencia al ver que la tarde estaba demasiado adelantada para que fuera posible empezar el mismo día una negociación que le inspiraba el mayor interés.

Al día siguiente, después del almuerzo, en el momento en que el señor Herbelin invitaba á sus huéspedes á los encantos del billar, la señora Caussade se acercó á Servian.

—Quisiera hablarle—le dijo á media voz;—en el jardín me encontrará usted.



A pesar de sus cuarenta años y de su sangre fría consuetudinaria, Servian se sintió conmovido, poco menos que hubiera podido estarlo un adolescente enamorado por vez primera. Se dominó, sin embargo, siguió á sus compañeros á la sala de billar, dejó que se concertara un partido entre el coronel y el señor Tonayrion y, después de haber aparentado durante algunos instantes que se interesaba en la contemplación del juego de los dos adversarios, cuyas carambolas apuntaba Félix, se retiró furtivamente y bajó al jardín.

Paseábase Estela por una alameda de castaños que unía el parque al edificio y que limitaba por un lado su verde alfombra y por otro la cerca de la finca. Al divisar á su exenamorado, que se adelantaba con paso presuroso, Estela adoptó una actitud glacial, propia para desvanecer cualquier loca ilusión que aquél hubiera podido acariciar. Servian observó la mutación de su fisonomía; la sonrisa que vagaba por sus labios se desvaneció y su rostro no expresó más que gravedad cortés, pero impasible.

—Estoy á sus órdenes, señora—dijo inclinándose.

—Anticipándome á toda falsa interpretación que pudiera darse á mis actos—respondió la señora Caussade,—debo decir á usted ante todo que el asunto de que voy á hablarle no concierne ni á usted ni á mí.

—Lo sabía de antemano—repuso Servian con respetuosa altivez;—es, pues, inútil prohibirme abrigar una esperanza que no tengo.

—Se trata de Félix—replicó la joven viuda;—¿sabe usted que ha de batirse con el señor Tonayrion?

—Lo sé, señora.

—En ese caso, nada más tengo que decirle, toda vez que estoy segura de que impedirá usted que ese desafío se efectúe.

—¿Por qué había de impedirlo?—preguntó el tío de Félix con la mayor calma.

—¿Por qué?—exclamó la señora Caussade;—¡un duelo en el que su sobrino puede perder la vida!

—Peligro es ese que correrá sin duda más de una vez durante su vida; en el momento actual se expone á él sin haberlo buscado. Si Félix hubiera cometido la menor ligereza, yo haría uso de toda mi influencia sobre él para que lo recono-



ciera así, en lugar de agravar la situación de las cosas; pero, lejos de ello, es él el injuriado. Tiene razón, pues, para exigir una reparación y yo no tengo derecho alguno para oponerme á ello.

—¡Injuriado, dice usted! ¿Acaso puede injuriarse á un niño?

—Félix ya no es un niño, señora.

—Niño ó no, es imposible que piense seriamente en batirse.

—Puedo asegurar á usted, por el contrario, que no hay nada más serio que su resolución. Inútilmente trataría yo de contrarrestarla: usted misma, y es mucho decir, creo que no obtendría mejor resultado.

—Eso ya lo veremos—dijo Estela con orgullosa sonrisa.—Entretanto, quiero reconocer que Félix se deja arrastrar por la presunción propia de su edad; pero usted, á quien no puede achacarse imprudencia ni temeridad, ¿no se espanta ante la desigualdad monstruosa de semejante encuentro?

—Para espantarse sería preciso reconocerla.

—¿De modo que usted cree que entre el señor Tonayrion y su sobrino es igual el duelo?

—Lo creo desigual, por el contrario.

—Explíquese usted—dijo Estela, malhumorada.

Servian la miró con expresión penetrante.

—Permítame usted que le dirija una sola pregunta—le dijo:—¿Cómo sabe usted que el señor Tonayrion y Félix van á batirse?

—Él mismo me lo ha dicho—repuso con vivacidad la joven.

—¿Félix?

—No, señor: Raul Tonayrion.

Servian sonrió silenciosamente.

—¿Y, sin duda—continuó,—el señor Tonayrion conoce y aprueba la gestión que usted se digna llevar á cabo en este momento?

Estela miró á su ex novio con altivez.

—No necesito autorización de nadie—dijo—para hacer lo que me parece humano y justo. Es cierto que, después de haber arrancado al señor Tonayrion la confesión de esta deplorable querrela, he conseguido reducirle á la razón. Si cerca de usted no obtengo el mismo éxito, ¿sabe usted lo que creeré?

—¿Qué creerá usted, señora?

La señora Caussade recordó á tiempo el papel de embajadora que estaba representando y con-



siguió reprimir el sarcasmo que acababa de brotar en su pensamiento.

—¿Y á usted qué le importa?—dijo brusca-mente, expresando con la mirada el desdén que no quiso expresar con la palabra.

—Puesto que se niega usted á contestarme, permítame usted que lo haga en su lugar—re- puso Servian, con la más imperturbable calma:— Si no triunfa en su misión pacificadora, pensará usted que el señor Tonayrion me es tan superior por su mundología y por su docilidad como lo es ya por su valor y por sus virtudes caballe- rescas.

Un tanto confusa al verse tan bien adivinada, Estela ocultó su turbación bajo apariencias de broma.

—Puesto que es usted brujo—repuso,—díga- me quién es el que viene por detrás de usted.

Volvióse Servian y divisó á Félix, que se acer- caba con expresión vacilante.

## VII

## El tratado de paz.

Intrigado por el modo furtivo con que su tío salió de la sala de billar, el alumno de Saint-Cyr aprovechó la primera ocasión para eclipsarse á su vez. Al divisar á la dama de sus pensamientos sola con Servian en un lugar que, por su aparta- miento, parecía apropiado para las más confiden- ciales conversaciones, experimentó un súbito ac- ceso de vagos celos, compañeros inseparables de todo primer amor.

Sin embargo, á pesar de su deseo de interrumpir aquella molesta conferencia, quizás no se hu- biera atrevido á permitirse tal libertad, si un ademán amistoso de la señora Caussade no le hubiera invitado á aproximarse. Sin saber de cierto por qué, la joven viuda hallábase descon- tenta del giro que la conversación había tomado. Se decidió, pues, súbitamente á admitir en ella á una tercera persona, que tenía el más legítimo de los derechos á tal favor, y determinó experi- mentar sin demora sobre ella la influencia que